

VII. La inmoralidad de la psicología social: una interpretación del experimento de Stanley Milgram

JOSÉ MORALES GONZÁLEZ

En los últimos 50 años, la psicología social se ha distinguido por su talante crítico (Gergen, 1973; Íñiguez, 2003; Rodríguez, 2015). Estudiosa de sí misma, revisando las propias condiciones sociales de su práctica científica, esta disciplina ha generado herramientas para pensar la sociedad aportando puntos de vista que resultan necesariamente inmorales. ¿Se debe apoyar o criticar el orden social? preguntaba Serge Moscovici (1972) retóricamente al señalar que el objetivo de esta disciplina debe ser la formulación de “verdades peligrosas”.

En este trabajo se argumentará que la psicología social ha sido inmoral por su perspectiva ética y política, pero también por una exigencia metodológica. ¿Cómo estudiar la sociedad si se comparten ciegamente sus prejuicios y creencias? Ese sería el caso de una “psicología dominante”, que no es estudiosa sino reproductora del orden social. Tal como se mostrará más adelante, la psicología social precisa de una posición “marginal” de la sociedad que le permita apreciar a distancia su objeto sin pretender salirse de él. Su punto de vista no es asocial ni amoral sino inmoral, pues desde dentro de su objeto, la psicología social es el forastero que no adora a los ídolos de la tribu y queda amargamente inadaptado (Schutz, 1944). Extrañándose de lo que observa subvierte la mirada.

La psicología social ha alcanzado la sociabilidad, ese punto en que una actividad social se cuida a sí misma de no someterse a las premuras de la necesidad (Simmel, 1917) e incluso se esmera en mejorar sus formas (Fernández, 2004) encontrándose con la literatura (Rodríguez, 2014). En un principio, estas deberían ser las condiciones de las ciencias y las artes, definir sus

propias reglas y en su sofisticación transformarse. Sin embargo, la psicología social ha debido realizar un trabajo notable para librarse de la servidumbre al estado (Martín-Baró, 1983), al mercado (Flores & Nava, 2016; Blondeau, Dyer-Witheford, Vercellone, Kyrou, Corsani, et al., 2004), al espíritu utilitario de la época (Soto, 2009) y de ser ella misma instrumento de dominación (Ibáñez, 2005). Su moral, si se quiere, es asumir la crítica como un valor.

La moral ha sido conceptualizada, en las ciencias sociales, como el cimiento mismo de la sociedad, “el pan cotidiano sin cuyo surtimiento las sociedades no pueden vivir” (Durkheim, 1902, p.60). Lo arduo de pensar la moral es, precisamente, el cuestionar aquello que define la vida, y reconocer que en tanto que la define, ejerce un *poder de verdad*. Friedrich Nietzsche advirtió que quien dice verdad ordena, a condición de que se olvide, que esa verdad es creación humana y con ello se someta a su obediencia. La moral, desde esta perspectiva, es la distinción entre lo bueno y lo malo elaborada por el lenguaje, que no describe sino que legisla e impone así una jerarquía que favorece la vida humana. La obra de este filósofo, que rompe con las pretensiones de la modernidad, alienta en Michel Foucault una crítica minuciosa a las instituciones que produjeron al ser humano basadas en el saber científico: la cárcel, el hospital, la fábrica, la escuela. Cada una de ellas representa un valor para la vida plenamente humana. Son instituciones sin las cuales las sociedades no pueden vivir. Criticarlas es buscar problemas (Ibáñez, 1994). Pero es esto, precisamente, lo que ha hecho sistemáticamente la psicología social, problematizar los prejuicios en los que descansa la sociedad para advertir las más diversas formas de control que la constituyen.

Aquí se desarrollará una interpretación de una obra clásica de esta disciplina, el trabajo de Stanley Milgram, *Obediencia a la autoridad* (1973), con el objetivo de ilustrar la forma en como la psicología social aborda la construcción moral del sujeto. No se pretende decir algo nuevo sobre Milgram sino usar el caso para argumentar que la psicología social busca programáticamente la inmoralidad para *estudiar la sociedad*; esto quiere decir que quien la practica no es un técnico que se limita a aplicar conocimientos adquiridos sino un estudiante que pregunta y se pregunta a sí mismo continuamente de qué está hecha la sociedad en la que vive.

Como es bien sabido, Stanley Milgram realizó su experimento a principios de los años sesenta del siglo pasado. El experimento consistió en colocar al

sujeto experimental frente a un generador de descargas eléctricas que debía accionar. Luego, aumentaba el voltaje cada vez que la persona amarrada en una *silla eléctrica* en la habitación contigua se equivocaba en las respuestas de un test de memoria. Contra las expectativas de propios y extraños al equipo científico, 65% de los sujetos aplicaron hasta el máximo de voltaje siguiendo las instrucciones del experimentador, aun sabiendo que causaba dolor a la víctima (Milgram, 1963, 2005). Más adelante se darán detalles del experimento pertinentes al propósito de este trabajo.

Como antecedentes al presente trabajo, se puede destacar cómo este experimento ha sido analizado para abordar preguntas de carácter ético en la metodología de la investigación, abriendo preguntas sobre el engaño a los sujetos de investigación y la aplicabilidad de sus resultados a otros contextos notablemente distintos. Incluso, gracias a su carácter polémico, se cuestiona sobre la enseñanza de este experimento a estudiantes en materia de ética en la investigación (Salomone & Fariña, 2009). Por otra parte, en lo teórico, se ha criticado a Milgram su concepto de *estado agéntico*, que explica la obediencia del sujeto al estar inmerso en una estructura jerárquica como algo constitutivo de la naturaleza humana y social. Sin embargo —señala esta crítica—, y gracias a los propios resultados del experimento, “la investigación de Milgram debe ser contemplada también como un ejemplo de que la desobediencia es posible”, la desobediencia como un acto de resistencia (Canto & Álvaro, 2015, p.18).

Si bien, Milgram cuestiona valores habitualmente asumidos y problematiza ideas preconcebidas en torno a la moral, en este escrito se pondrá el acento en lo que se puede pensar a partir de su trabajo respecto a la moral de la propia psicología social. Aunque se ha ubicado su trabajo dentro la psicología social cognitiva (Hepburn, 2007), no es de interés tanto su postura teórica sino el valor comprensivo que puede otorgar la situación creada en su experimento; o, dicho de otra forma, aunque Milgram busca *explicar* la obediencia, aquí se busca la *comprensión*, la comprensión de cómo se plantea la moral como un objeto de estudio para la psicología social.

La presente interpretación de Milgram se concentrará en tres puntos: el individuo, la ciencia y la tecnología. Los tres, como se argumentará luego, son valores centrales de la moral actual pues constituyen referentes incuestionables para distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, siguiendo la noción nietzscheana de moral. Milgram explicita el papel

que tiene la moral del individuo en su conducta dentro de situaciones bien definidas y señala las condiciones que permiten acciones crueles, no sin advertir el papel que tiene la ciencia en esto. Aquí se sostendrá, empleando argumentos de Milgram y otros cercanos a él, que su trabajo cuestiona la idea del individuo autónomo —así lo señala él mismo, aunque su postura teórica y metodológica lo asume como un ente con capacidades cognitivas—, cuestiona la instrumentalización del ser humano que la ciencia hace posible y pone en claro el poder de la tecnología sobre la acción humana.

Tal como lo expone Milgram, su trabajo está relacionado con otros estudios sobre la obediencia a la autoridad, realizados por filósofos y científicos sociales que, como él mismo, estaban interesados en explicar el Holocausto como un fenómeno social. ¿Cómo fue posible que en el periodo del régimen nazi fueran asesinados millones de personas inocentes de una manera planificada, sistemática y calculada?

Distanciándose de Theodor Adorno y su estudio de la personalidad autoritaria, que explica la crueldad de los campos de concentración por los actos de tortura de los oficiales nazis (Bauman, 1989), Milgram se aproxima a Hannah Arendt. Esta filósofa, al presenciar el juicio realizado en 1961 contra Adolf Eichmann, comandante de las SS, no vio más que a un simple burócrata que realizaba debidamente su labor.

Ese hombre acusado de crímenes contra el pueblo judío y contra la humanidad, que enfrentaba pena de muerte, se declaraba inocente. “Jamás he matado a un ser humano”, afirmaba (Arendt, 1963, cap. 2, párr. 9.3).¹ En sus interrogatorios expresó en repetidas ocasiones que él solo cumplía con su deber; no solo seguía órdenes sino que obedecía la ley. Era lo más habitual para un oficial del régimen. Uno de sus logros fue coordinar la deportación de 434,351 personas en 134 vagones de Budapest al campo de concentración de Auschwitz siguiendo órdenes de Hitler (Arendt, 1963). Que Arendt calificara a Eichmann de simple burócrata, resuena por la conceptualización de *burocracia* que hace Max Weber (que es, por cierto, citado por Milgram, 1973). Weber hace ver que esta obediencia no es exclusiva de un ejército en contexto de guerra sino que es particularmente eficiente en la burocracia

1. En el caso de los libros electrónicos se indica el capítulo de la cita textual y el párrafo. Este último, según es numerado en el programa informático Calibre en “Modo de referencia” de su Visor de libros.

de todo estado moderno. Al igual que la empresa capitalista moderna, la burocracia descansa en el cálculo; su funcionamiento se debe a normas fijas y generales que permitan una administración con un cálculo racional de gran exactitud (Weber, 1922 / 1964). El funcionario de la maquinaria del estado cumple su deber ejerciendo un cargo. Su responsabilidad queda definida por el reglamento:

Un funcionario que recibe una orden en su opinión equivocada, puede —y debe— formular reparos. Pero si el superior jerárquico la mantiene a pesar de ello, entonces el deber del funcionario, y no solo su deber sino también su honradez, están en ejecutarla como si correspondiera a su convicción, mostrando con ello que su sentido del deber inherente al cargo está por encima de su amor propio (Weber, 1922 / 1964, p.1076).

La obediencia, sentencia Milgram, es fácil y frecuente si el individuo es ordenado por una autoridad legítima, no importa si lo que se lleva a cabo es una violencia organizada de grandes magnitudes. Una de las cosas más temerarias del trabajo de Milgram, según Zygmunt Bauman (1989), es haber comprobado empíricamente que el Holocausto podría haberse realizado *por cualquiera de nosotros*, y más aún, podría volver a hacerse si las condiciones son las adecuadas.

Se ha señalado que el diseño experimental de Milgram, que tuvo diversas variaciones, se fue depurando hasta alcanzar las condiciones necesarias para obtener la obediencia de los individuos que participaron voluntariamente en el experimento (Russell, 2011).

El interés de Milgram era claro, quería saber hasta qué punto pueden someterse las personas a una autoridad en contra de su propia moral. Para ello, reclutó a 500 personas publicando un anuncio en los periódicos locales de Nueva Heaven; las invitó a participar en un estudio sobre aprendizaje y memoria. Escribieron cartas de invitación y llamaron por teléfono a posibles interesados. Los sujetos tenían cierta variedad de oficios: empleados de correos, oficinistas, catedráticos de institutos, técnicos, obreros, hombres de negocios. La educación oscilaba entre estudios secundarios hasta doctorado. El porcentaje de edades era 20% 20 años, 40% 30 años y 40% 40 años (el experimento fue con hombres. Se realizó una variación con mujeres y los resultados fueron semejantes). El experimento fue llevado a cabo en el

Interaction Laboratory de la Universidad de Yale. El “experimentador” era en realidad un catedrático de biología de la propia universidad.

El proceso era el siguiente: dos “voluntarios” llegan al laboratorio a participar en el experimento. El “experimentador” explica que la investigación es sobre el papel que tiene el castigo en el aprendizaje y explica brevemente la teoría en cuestión mostrando el libro que la contiene. Se realiza un sorteo amañado para designar quién sería “maestro” y quién “aprendiz”. El sujeto siempre sería el maestro, el aprendiz forma parte del equipo científico. Se les llevaba a la habitación contigua y se sentaba al “aprendiz” en una silla eléctrica sujetándolo con correas. Se le fijaba a la muñeca un electrodo indicando que estaba conectado con el generador de descargas de la otra habitación, que las correas servían para evitar que se moviera y escapara, y que la crema con que se le colocaba el electrodo evitaba las quemaduras en la piel. El generador de descargas eléctricas era un simulador con treinta interruptores que marcaban el nivel de la descarga que aumentaba gradualmente de 15 a 450 voltios, indicado claramente con etiquetas que decían: “descarga ligera”, “descarga moderada”, “descarga fuerte”, “descarga muy fuerte”, “descarga intensa”, “descarga de extrema intensidad”, “peligro: descarga intensísima”. El “maestro” tenía que presentar pares de palabras y luego preguntar al “aprendiz” para verificar si las había memorizado. Si contestaba incorrectamente debía ejecutar una descarga y por cada error aumentar el voltaje. Cada vez que el “maestro” preguntaba al “experimentador” si debía continuar, este le respondía:

Respuesta 1: por favor, prosiga; o, por favor, vaya adelante.

Respuesta 2: el experimento exige que usted prosiga.

Respuesta 3: es absolutamente esencial que usted continúe.

Respuesta 4: no hay más remedio: usted *tiene* que seguir.

Las respuestas eran dadas en serie pasando de una a otra ante una negación. Si se llegaba a la cuarta y el sujeto se negaba a continuar, se daba por terminado el experimento. De los 40 sujetos, 26 llegaron a dar la descarga de 450 voltios. Aunque mostraban agitación, tensión o malestar por tener que administrar descargas, continuaron hasta el final.

Milgram (1963) explica que la obediencia de la persona se da al entrar en una estructura jerárquica. Así lo expone en el capítulo 10 *¿Por qué se*

obedece? —*Un análisis*. Su punto de partida es la teoría evolutiva y la teoría cibernética;² el individuo tiene capacidad de obedecer por un instinto de supervivencia. Aunque también tiene la capacidad de desobedecer, la organización social le brinda mayores posibilidades de sobrevivencia; la persona ha de cambiar su funcionamiento interno en favor de una coordinación con otros dentro de una estructura, la cual es más eficiente si es jerárquica. El individuo pierde *autonomía* y pasa a un *estado agéntico*, al considerarse él mismo como un ejecutor de los deseos de otra persona. “En esta situación el individuo no se considera a sí mismo como responsable de sus propias acciones sino que se define a sí mismo como un instrumento de ejecución de los deseos de otros” (Milgram, 1963, cap. 10, párr. 16.44).

En el artículo “Los peligros de la obediencia” (2005) continúa la explicación: “No desaparece la moralidad, sino que toma un foco radicalmente diferente: la persona subordinada siente orgullo o vergüenza, según haya desempeñado bien o mal el cometido que le encargó la autoridad” (p.5). Aunque esto puede ser definido como lealtad, deber o disciplina, todas tienen un sentido moral, aclara, pues expresan lo bien que la persona realiza el papel que le ha asignado la sociedad. La causa de la obediencia está en la autoridad. Así, muchas de las variaciones del experimento giraron en torno a la figura de la autoridad: si se introducen dos “experimentadores” junto con el sujeto y estos debaten si continuar o no, el sujeto desobedece; si el “experimentador” se dejaba cuestionar por el “aprendiz”, su autoridad no era acatada; si el sujeto solo aplicaba el test y otro aplica las descargas, la obediencia alcanzaba 90% de la población. He aquí “una peligrosa característica de las sociedades complejas”: se elude la responsabilidad cuando se es un eslabón de la cadena de actos. Milgram señala que la autoridad del “experimentador” era débil, pues no contaba con recursos de represalia o coacción, ni la posibilidad de ofrecer incentivos. La retribución de 4.50 dólares con la que se publicó el anuncio, se daba al llegar al laboratorio antes de explicarles el experimento (Milgram, 2005).

En la división del trabajo, propia de las sociedades modernas, la persona se enajena al quedar fragmentada su actividad en tareas muy específicas y

2. Esta mezcla teórica encuentra actualmente sus frutos en la estimulante obra de Daniel Dennett, fundamentado en Darwin y metáforas informáticas. Por ejemplo, Dennett (2015).

al no poder apreciar la situación en su conjunto. Por tanto, no se necesitan personas malas para servir en un sistema maligno. “La gente común se integra fácilmente en sistemas malévolos” (Milgram, 2005, p.7).³

Milgram expresa que, aunque la obediencia suele ser un imperativo (un valor) en nuestra sociedad, la responsabilidad de los ciudadanos no ha de reducirse, y deposita su esperanza en la conciencia individual. Apuesta por colocar a personas que más probablemente actúen humanitariamente en puestos de autoridad y a explorar nuevas formas políticas que “den a la conciencia más oportunidades de oponerse a la autoridad equivocada” (Milgram, 2005, p.8).

En este último punto, se puede apreciar cómo Milgram neutraliza la obediencia. Ya lo escribía en 1963: “la obediencia es un elemento básico de la vida social” (p.1). Y aunque en seguida la cuestiona por los recientes acontecimientos de la segunda guerra mundial, aclara al final de la introducción de aquel primer artículo del experimento, que la obediencia funciona para cumplir objetivos productivos, educativos y otras funciones nobles. Como si la obediencia fuera algo neutral. Aunque cuestiona con su experimento la autonomía del individuo, no cuestiona la obediencia en sus fundamentos, incluso señala que la misma es “un mecanismo psicológico” que ata al individuo con algún propósito político (Milgram, 1963, p.1).

¿Cómo logra sostener la idea de que la persona en el puesto de autoridad conservará su humanidad? ¿Acaso quien ocupa el puesto de autoridad no está igualmente sometido a la obediencia? Y luego, ¿cómo discernir que se trata de una “autoridad equivocada”? En contraste, Milgram expresa en *Obediencia a la autoridad* que “la autoridad es el problema”, pues las acciones crueles e inhumanas pueden ocurrir en una sociedad democrática, y no solo en autoritarismos. Dedicó el epílogo de ese libro a la guerra en Vietnam y describe las atrocidades cometidas por el ejército estadounidense y el proceso de

3. Emile Durkheim (1902 / 2007) concluyó que la división del trabajo no hace sociedad; puede ser un mecanismo de adaptación ante el crecimiento poblacional, pero a condición de que haya una sociedad previa, es decir, que goce de antemano de unidad moral. Solo en tal caso, la división del trabajo sirve a la cohesión social, posibilitando la cooperación y la competencia a un mismo tiempo. El trabajo de un individuo da vida al conjunto de la sociedad y viceversa. De lo contrario, la sociedad enferma y cae en un “estado anómico”, el individuo pierde el sentido de su trabajo y la sociedad lo coacciona a hacerlo, incluso aunque no cumpla con ello ninguna función social. Pensada así, el grupo conformado en el experimento de Milgram no tendría guía moral propia.

entrenamiento militar —en lo general y en lo particular de esa guerra— para que estas fueran llevadas a cabo.

El individuo como un principio explicativo lastra las conclusiones de Milgram. Concentra su atención en el individuo, encontrando en él las explicaciones. Pero el planteamiento es social: si se dan las condiciones adecuadas... la obediencia ocurre. Hay una dicotomía no resuelta entre el individuo y la sociedad, propia de la psicología social estadounidense de corte experimental, que se traduce en la apreciación de que existe un dilema por el conflicto entre la conciencia y la autoridad, que califica como inherente a la naturaleza de la sociedad. La conciencia individual y la autoridad son elementos de las operaciones cognitivas de la persona que ponen en peligro su autonomía. Pero tal como lo expone el experimento, esto no ocurre *en* la persona sino en la situación. Al menos esa es la interpretación del experimento que en adelante se propone.⁴

La moral, es decir, lo que se acepta como debido, es la propia definición de la situación. La persona participa en la definición de la situación, pero en tanto ella misma es parte de la propia situación, de manera que no es que dependiendo de la situación la persona pueda conservar su autonomía, y así conducir su acción con base en sus propios principios morales alojados en ella misma más allá de cualquier situación. ¿Cómo llegar a conocer tales principios morales? Milgram pretendió conocer esa moral de los sujetos con entrevistas inmediatamente posteriores al experimento y antes a un grupo control que les presentaba el experimento para que predijeran lo que iba a ocurrir. Todo ello sin advertir que se encontraban en otra situación que les permitía o les daba otra moralidad. El test o la entrevista es *una situación*, no una abstracción.

En los últimos años se han publicado investigaciones sobre este experimento y sobre los materiales producidos en su elaboración basados en los archivos de la Universidad de Yale, desde perspectivas diversas, como la discursiva o la etnográfica, que son una muestra de que sigue corriendo tinta gracias a sus desconcertantes resultados y dan cuenta de la riqueza heurística del diseño experimental de Milgram.

4. Para una interpretación semejante, véase Maya Oppenheimer (2018).

Estas novedosas investigaciones representan una especie de meta-investigación que confirman y complementan las ideas de Milgram, revisándolas críticamente, con nuevas repercusiones éticas muy concretas para la psicología. Por ejemplo, se dice que la situación en la cual se ve inmerso el sujeto obediente del experimento no consta solo de lo antes descrito (“experimentador”, “aprendiz”, “generador de descargas”, laboratorio de psicología...) sino que el propio Milgram, como empleado de la Universidad de Yale y de la National Science Foundation, así como todo su equipo, se vieron sometidos a la misma dinámica de obediencia, ya que continuaron con el experimento a pesar de que había sujetos que mostraban “signos de extrema tensión” (Russell, 2014, p.412), empleando estrategias para mantener el compromiso con el experimento, como la coerción de señalar la importancia científica que representaría una teoría de la obediencia, el aumento de sueldo al equipo más cercano, la firma de relevos de responsabilidad a la universidad... en fin, toda una estructura burocrática (Russell, 2014).⁵ Esto ilustra cómo la psicología social está hecha de lo mismo que su objeto de estudio y que practica como hábito la crítica a sí misma; cuestiona las propias estructuras institucionales que la hacen posible (por ejemplo, la universidad o los centros de investigación), midiendo la psicología social con las mismas medidas que pretende medir a la sociedad, como dice Jesús Ibáñez (1985).

Por la explicación de Milgram, se puede pensar en los términos de que hay una obediencia del individuo a la autoridad; el individuo es quien tiene un dilema cuyo conflicto se resuelve dependiendo de la situación. Sin embargo, como ya se advirtió, esto mantiene la conciencia individual como un reducto que puede salvaguardarse de la situación haciéndola capaz de juzgar a la autoridad “equivocada” o a un sistema “malévolo”. Milgram asume una posición de exterioridad respecto de su propia explicación, la ilusión de toda psicología experimental.

“La sencillez es la clave de la investigación científica eficiente”, sentencia Milgram (1973, cap. 2, párr. 8.1). Esta sencillez se traduce en un maniqueísmo para representar a la autoridad y a la víctima. Pero ya quedó en evidencia

5. Algo semejante le ocurrió a Philip Zimbardo; cuando hubo un motín en la “prisión de Stanford” él actuó como “Director de la prisión”, más que como director del experimento, según admitió años después. Milgram, por su parte, confesaba en una nota de su investigación que al realizar un estudio, el experimentador conoce cosas sobre sí mismo al igual que sobre sus sujetos, y las observaciones no siempre son halagüeñas.

que no es tan obvia la manera en cómo la autoridad define la situación. Esta autoridad, al interior del experimento, es decir, desde la perspectiva del sujeto experimental, está personificada en la figura del experimentador. Hay que señalar que esta sencillez se da en nombre de “la investigación científica eficiente”, como si la eficiencia fuera un rasgo necesario y un valor intrínseco de la investigación científica. La estructura burocrática, cuya jerarquía hace notoria la serie de comandos y obediencias, es eficiente, pero también envolvente, al punto que es difícil advertir cuando se es parte de ella. “La burocracia se ha convertido en el agua en que nadamos”, expresa David Graeber (2015, Introducción, párr. 5.3) en *La utopía de las normas*.⁶ Los valores que emanan del sistema burocrático se vuelven en una moralidad impregnando otros ámbitos de la vida. Los trabajos de Iván Illich ilustran esto en el análisis que hace del sistema de salud y educación.

Partiendo de la descripción de Milgram y de cómo él mismo quedó atrapado en la jaula de acero de la burocracia, se puede apreciar que en esta estructura no hay personas sino que las acciones son impersonales; los individuos están definidos por la propia burocracia al limitarse en su actuación a la letra del reglamento. Si actualmente se discute sobre la automatización del trabajo hay que recordar que desde el siglo XIX no hay personas trabajando en las fábricas, donde ya se mecanizaba el movimiento del cuerpo humano. En Milgram hay un cuestionamiento acerca de la autonomía del sujeto que apunta al hecho de cómo es definido en términos de la situación. La autoridad, es fundamental, pero esta autoridad no es personal sino que se realiza con el conjunto de la situación.

En algunas variaciones del experimento se puede advertir que las descargas se daban no solo por una obediencia directa a la autoridad sino por la configuración del espacio, su posición en él y las distancias (físicas y simbólicas) entre los participantes, así como los objetos empleados. Por ejemplo, si las órdenes de continuar con el experimento aumentando la intensidad de las descargas eléctricas eran hechas por el “experimentador” a través del teléfono, la obediencia disminuía. Si la “víctima” se encontraba en la misma

6. Si quien lee se extraña de que la eficiencia sea un rasgo de la burocracia, puede consultar el libro de Graeber donde, entre otras cosas, muestra cómo la diferencia entre el sector público y el privado es la presencia de mayores controles burocráticos para incrementar la eficiencia. No es que el sector privado carezca de burocracia, como suele pensarse.

habitación que el “maestro”, la obediencia disminuía. Si no se usaban correas en la silla y el “maestro” tenía que sujetarle el brazo para dar las descargas, la obediencia también disminuía. Cuando se dice autoridad debe entenderse la *autoría* de las acciones. ¿Quién es el autor de las descargas eléctricas? Quizá sea impropio decir que el autor es la situación, igual de impropio decir que el sujeto es el autor. Es el sujeto solo en tanto “maestro”, cuya autoridad es provista por toda la situación. La situación lo ha definido como maestro, y lo ha definido de una manera muy peculiar de ser maestro: alguien que precisa del castigo para enseñar, equipado con un generador de descargas eléctricas, una silla para amarrar al aprendiz, y todos y cada uno de los objetos dispuestos en una escenografía perfectamente montada.

Contemporáneo a Milgram, Erving Goffman (1959) desarrolla su perspectiva teatral para dar cuenta de la formación de la persona en los encuentros cara a cara. Para poder realizar una acción, sostiene este autor, es preciso responder a las preguntas tales como ¿en qué situación me encuentro?, ¿dónde estoy y quiénes son las personas que están presentes?, y luego, ¿quién soy en función de esto? La persona, si bien es actor en su propia vida —y esto implica una concepción agencial del sujeto—, se ve a sí mismo representando un papel bastante definido por la sociedad, concretamente por la situación que se desenvuelve en el aquí y ahora. Así, podría verse el experimento de Milgram como el montaje de una escenografía que hace posible una actuación previamente establecida, como si se tratara de un guion, en la que el único que no lo ha ensayado representa su papel de acuerdo a lo requerido (en la mayoría de los casos).

Así pues, la psicología social haría un replanteamiento al pensar el individuo en términos relacionales, al enfocar su mirada en la interacción social y señalando que es imposible pensar la acción individual sin atender al contexto que la hace posible y que le provee de significado. El que se destaque invariablemente al individuo como protagonista de su propia acción, da cuenta de un valor moral bien asumido en la sociedad: el individuo. El individuo es el pequeño dios a quien se le rinde tributo con pequeños rituales cotidianos a través los cuales se reafirma su existencia. Si en cambio miramos a la situación, nos damos cuenta que el individuo es un componente de la misma que se ve obligado a participar del acuerdo implícito que la sostiene como real —y que le da, de paso, realidad al individuo—. Randall Collins destaca cómo las ciencias sociales participan de la creencia moral en el individuo:

¿No es evidente que los individuos son únicos precisamente porque podemos observar que siguen actuando según patrones familiares y claramente reconocibles a través de distintas situaciones y de cambios de circunstancias? Algo de verdad hay en este enunciado erróneo: da por probada la hipótesis de que los individuos no cambian cuando cambian las situaciones; hasta qué punto es esto cierto debe dilucidarse empíricamente. Nos inclinamos a aceptarlo irreflexivamente como “algo que sabe todo el mundo” porque nos lo han remachado como un principio moral: todos somos únicos, sé tú mismo, no cedas a la presión del medio social, sé fiel a ti mismo —lemas pregonados en todos los discursos, desde los sermones de los predicadores a las campañas publicitarias, y cuyos ecos resuenan por doquier (Collins, 2009, pp. 18–19).

Milgram ha proporcionado material empírico contra el prejuicio “individuo”: diseñó un experimento en el que personas comunes cometen actos crueles, en el que muestra en sus variaciones el poder de la situación. Cuando la situación se define conforme a lo que se supone, las acciones transcurren con normalidad y los sujetos se conforman o se ajustan a ella. Cuando la situación es trastocada en los supuestos que la definen, la actuación del sujeto también. Así, por ejemplo, cuando se invertían los roles entre el “experimentador” y el “aprendiz” en presencia del sujeto, quedando el “experimentador” —el tipo de apariencia científica— en la silla eléctrica y el “aprendiz” supervisando la realización del experimento, el “maestro” no tardaba en liberarlo de las descargas, aduciendo razones humanitarias, a pesar de que el “aprendiz” le ordenaba continuar. La situación no se sostenía sencillamente porque no es real que el científico sea quien reciba las descargas y el sujeto que debía hacer de aprendiz ordenara no parar. La fuente de las órdenes debe ser la autoridad, en sí mismas no tienen valor definido, incluso pueden significar lo contrario. Provocar dolor con descargas eléctricas a una persona puede ser una loable contribución a la ciencia, si la situación así permite interpretarlas.

La ciencia es la que soporta la moral en el caso Milgram, personificada en el “experimentador” y escenificada en “un laboratorio de una prestigiosa universidad”. Esta tipificación social —esas etiquetas generalizadas que permiten interpretar la situación— da cuenta de cómo la estructura social pone a la disposición de la situación los supuestos que la sostienen. El propio Milgram ya advertía la importancia de que su experimento tuviera lugar en una

universidad para comprender el fenómeno de la obediencia que en él ocurría (1963). En su descripción, destacó la “elegancia” del laboratorio en contraste con otros lugares más modestos en los que se realizaron variaciones del experimento. Cuidó de que la apariencia del “experimentador” —vestido con un traje gris de técnico— y sus modales fueran uniformes. Seguía un guion preestablecido y al explicar la teoría en cuestión mostraba un libro. Hizo variaciones —ya mencionadas— manipulando audazmente la figura de la autoridad, como poner a discutir a dos “experimentadores” frente al sujeto para ver cómo disminuía su obediencia. En otras variaciones, el experimento quedó dissociado de la universidad para dar cuenta el problema de la “autoridad de fondo”: cómo la persona le da sentido a su obediencia —es decir, cómo conduce su acción— por el contexto en el que se halla actuando. Milgram parte de planteamientos muy cercanos a Goffman, con su dejo de humor:

Téngase en cuenta cuán íntimamente relacionada se halla nuestra aceptación de los preceptos que de otros recibimos con las instituciones y locales concretos de nuestras actividades de cada día. Si se nos lo pide, no tenemos dificultad en presentar nuestro cuello a un hombre con una navaja de afeitar en la barbería, cosa que por supuesto no haríamos en una tienda de zapatos. Al sentarnos, en cambio, en esta tienda, obedecemos de buen grado la invitación del dependiente a que nos pongamos en calcetines, y, sin embargo, nos negaríamos a hacer lo mismo en una institución bancaria. En el laboratorio de una gran universidad pueden los sujetos ceder ante toda una serie de preceptos, a los que se opondrían si les fueran dados en otra parte (Milgram, 1973. cap. 6, párr. 12.58).

Así que fue sumamente cuidadoso en el diseño del escenario donde tendría lugar la variación del experimento que elimina cualquier vínculo con la universidad. Montó unas oficinas en un pueblo industrial (Bridgeport) de las cercanías. La invitación a los voluntarios fue por carta semejante a la empleada en Yale, pero con un membrete que ponía Asociación de Investigación de Bridgeport, organización creada solo con este propósito. Las oficinas eran en un edificio comercial un tanto abandonado pero limpio y con pocos muebles. Si los sujetos inquirían sobre la organización, se les decía que era una firma privada que hacía investigaciones para la industria. El porcentaje de obediencia bajó de 65 a 48. En las entrevistas posteriores, los sujetos

expresaban su escepticismo respecto a su participación en el experimento, pues aludían al aspecto del lugar que restaba credibilidad a la investigación. Sin embargo, casi la mitad de los participantes obedecieron hasta el final. Milgram lo interpreta así:

Es posible que, si han de ser considerados como legítimos preceptos de un tipo potencialmente destructor o dañoso, hayan de tener lugar dentro de una cierta estructura institucional. Pero de nuestro estudio se sigue con toda claridad que no tiene por qué ser una institución especialmente famosa o distinguida. Los experimentos de Bridgeport eran llevados a cabo por una firma desconocida a la que le faltaba todo tipo de credenciales. El laboratorio había sido colocado en un edificio respetable con su dirección dentro de la lista de oficinas de dicho edificio; pero, por lo demás, no se daba prueba alguna de benevolencia o competencia. Es posible que la *categoría* de institución, juzgada de acuerdo con la función que profesa, más bien que por su posición cualitativa dentro de esta categoría, sea la que gana nuestra docilidad (1973, cap. 6, párr. 12.70).

Que una persona propine descargas eléctricas a otra hasta causarle gran dolor no tiene nada de extraordinario si hay un imperativo moral, expresa Milgram. La moral, ese acuerdo de lo que es real —como dijimos con Goffman—, es situacional. Este relativismo puede ser ofensivo, si se está habituado a pensar la moral en términos de principios generales, pero la moral no es un parámetro, es intrínseca a la acción, y esta contiene los ecos de otros. Milgram diseñó el experimento buscando un equilibrio en el cual se consiguiera la obediencia del sujeto sin ningún tipo de coacción, de forma totalmente voluntaria, e incluso logrando que su obediencia pareciera un acto cooperativo. En este sentido, la ciencia resulta más convincente como autoridad legítima que un oficial del ejército, las razones para cooperar en su empresa son más ampliamente reconocidas. “La mayor parte de los sujetos de nuestro experimento contemplan su comportamiento dentro de un amplio contexto que es benéfico y útil a la sociedad, la consecuencia de una verdad científica” (1973, cap. 1, párr. 7.36). La moralidad de su acción estaba dada. La ciencia proveyó confianza para que la situación fuera experimentada como normal (Hollander & Turowetz, 2017).

La tecnología viabiliza el dar descargas eléctricas, y al facilitarse esta tarea, la crueldad se vuelve banal. En el experimento la mediación tecnológica es central con el uso de un generador de descargas eléctricas; en sí misma es una tecnología para causar dolor, pero no hay tal cosa como un objeto “en sí mismo” abstraído de sus condiciones sociales. Ante los reparos del “maestro”, el “experimentador” explicaba que las descargas no causan daños permanentes, justificando su uso a pesar del dolor que expresaba sentir la víctima con gritos y súplicas.

El generador de descargas eléctricas de Milgram ya pasó a ser pieza de museo de la ciencia para el progreso de la humanidad. Fue un elemento esencial en la configuración de la situación creada por el experimento para conseguir la obediencia: ninguna variación del experimento lo elimina. ¿Qué hubiera ocurrido si en lugar de este sofisticado aparato se hubiera usado un látigo o una vara como instrumento de castigo del proceso de aprendizaje? Desde luego, que en el enfoque experimental el látigo y la vara introducirían dificultades insolubles, pero lo fundamental es que estas tecnologías, por rudimentarias, humanizarían la acción de infringir castigo. Esto es fundamental. Se ha señalado ya cómo este experimento logra un proceso de deshumanización.

La tecnología tiene un papel relevante en este proceso. Las variaciones lo demuestran; cuando había una mayor cercanía física entre el “maestro” y el “aprendiz”, la obediencia disminuía. Si ambos eran colocados en la misma habitación, 60% desobedecían. En otra variación, el “aprendiz” debía colocar la mano en una plancha para recibir las descargas eléctricas. Al llegar a los 150 voltios se negaba a continuar y el “maestro” debía sujetarlo con sus propias manos para darle el castigo. En este caso, 70% desobedecía.

Cuando hay una lejanía entre los sujetos, por estar en habitaciones separadas y haciendo las descargas con la distancia que los instrumentos posibilitaban (los cables, el electrodo y las correas que sujetan al “aprendiz”), ocurre una pérdida de unidad experimentada en la acción con relación a sus consecuencias. Al hablar de los soldados estadounidenses en Vietnam, Milgram describe la ayuda que recibieron de la tecnología para matar civiles: “Se arroja el napalm sobre la población indefensa desde una altura de diez mil pies. No son hombres sino puntos mínimos en un osciloscopio infrarrojo quienes constituyen el objetivo de las armas automáticas” (cap. 15, párr. 21.23). La cercanía entre los sujetos conduce a la empatía, señala Milgram, llegando a formar grupos de forma incipiente (el maestro con la víctima o el maestro

con el experimentador). Randall Collins (2009) desarrolla teóricamente esta observación y concluye que la cercanía corporal genera estados emocionales compartidos que derivan en solidaridad y, en caso de prolongarse esta cercanía, llegan a configurar pautas morales. Collins analiza cómo los rituales transmitidos por televisión, como ceremonias religiosas o encuentros deportivos, no son capaces de generar una energía emocional tan intensa entre los telespectadores comparada con los asistentes a esos eventos. Llamar por teléfono para felicitar a alguien es un pobre sustituto de un abrazo en medio de su fiesta de cumpleaños. La tecnología merma la vida colectiva y reduce la solidaridad, sentencia este autor.

En las instituciones modernas la tecnología no se reduce a artefactos manipulables con el cuerpo proyectando sus fuerzas. La propia organización institucional materializada en elementos tales como su reglamento, estructura, arquitectura y todo aquello a lo que Michel Foucault llamó “poder disciplinario” ha de entenderse como tecnología, en tanto fortalece el cuerpo humano en, y solo en, los términos de la propia institución. Por esto, es más apropiado decir que la institución produce al humano —no solo lo conduce— y lo hace más útil. “El individuo es sin duda el átomo ficticio de una representación ‘ideológica’ de la sociedad; pero es también una realidad fabricada por esa tecnología específica de poder que se llama la ‘disciplina’” (Foucault, 1975, p.199). Así, cualquiera es guardia en la torre del panóptico y esta arquitectura vigila con independencia de las voluntades individuales. Así, cualquiera es el “maestro” si se le logra poner en las “manos del experimentador” de Milgram.

A través de este trabajo emblemático de la psicología social se ha logrado apreciar cómo se aborda la moral del sujeto. La postura crítica de esta disciplina desmonta el mismo concepto de ser humano que actúa conforme a su propia moral, señala que es la moral de la sociedad la que valora al hombre al punto de imaginarlo dueño de su conducta. Para lograrlo, la psicología social destaca la situación en la que ocurren las interacciones sociales: el fondo es el protagonista. En este proceso de comprensión —del caso Milgram— se han cuestionados valores habitualmente asumidos, tales como: obediencia, eficiencia, autoridad, ciencia, tecnología, etcétera, que se expresan a través de la actuación del individuo.

Una postura crítica, como esta que se aprecia en la psicología social y en cierta tradición de las ciencias sociales y humanas, no supone evadir una posición. La crítica no es, obviamente, un valor moral. Es una práctica en la

ciencia y en el arte, dada por una estrategia metodológica; hay que colocarse en el margen de la sociedad para poder apreciar las formas y desde ahí, creer y no creer, sospechar y fascinarse (véase Simmel, 1908). La psicología social tiene una larga tradición en elaborar comprensiones desde seres marginales, irreales: el pobre, el vagabundo, el forastero, la mujer, el ocioso... el cruel. Desde ahí, se aprecia lo azaroso y arbitrario del orden social. Milgram, desde su psicología social experimental, crea una situación mínima que pone en juego valores propios de la sociedad moderna, revela así que la moral y la inmoralidad están definidas conforme los puntos de vista de la acción. Lo que es racional desde un punto de vista es irracional desde otro, decía Weber.

Elaborar esta comprensión de la sociedad quizá no suponga la aspiración a alguna utopía bien definida —dar soluciones es caer en la trampa del poder, advierte Agustín García Calvo— pero no quita el tener referencias. En los márgenes de la sociedad, son útiles las referencias inmorales, es decir aquellas que carecen de realidad y rebosan de imaginación. Como expresa Richard Rorty (1991), despreocuparse por el verdadero ser del hombre y ocuparse en una re-descripción de la condición humana, que, superando los límites de la moralidad, imagine posibilidades de vivir una vida más humana, que en los términos de este autor es vivir en una sociedad libre de crueldad.

REFERENCIAS

- Arendt, H. (1963). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* (edición de epublibre). Recuperado de <https://epublibre.org/>
- Bauman, Z. (1989). *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.
- Blondeau, O., Dyer-Witthford, N., Vercellone, C., Kyrou, A., Corsani, A. et al. (2004). *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Canto Ortiz, J.M. & Álvaro, J.L. (2015). Más allá de la obediencia: reanálisis de la investigación de Milgram. *Escritos de Psicología*, 8(1), 13–20.
- Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona / Ciudad de México: Anthropos / UAM / UNAM / Universidad Nacional de Colombia.
- Dennett, D. (2015). *Bombas de intuición y otras herramientas del pensamiento* (Laura Lecuona, trad.). Ciudad de México: FCE.
- Durkheim. E. (1902 / 2007). *La división del trabajo social*. México: Colofón.

- Fernández, P. (2004). *La sociedad mental*. Barcelona: Anthropos.
- Flores, G. & Nava, E. (2016). *Identidades en venta. Músicas tradicionales y turismo en México*. Ciudad de México: UNAM.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Gergen, K. (1973). Social psychology as history. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26(2), 309–320.
- Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Graeber, D. (2015). *La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia* (edición de epublibre). Recuperado de <https://epublibre.org/>
- Hepburn, A. (2007). *An introduction to critical social psychology*. Londres: Sage.
- Hollander, M. & Turowetz, J. (2017). Normalizing trust: Participants' immediately post-hoc explanations of behaviour in Milgram's "obedience" experiments. *Br. J. Soc. Psychol*, 56(4), 655–674. Recuperado el 15 de mayo de 2021, de DOI:10.1111/bjso.12206
- Ibáñez, J. (1985). Las medidas de la sociedad. *Reis. Revista española de investigaciones sociológicas*, No.26, 85–128.
- Ibáñez, T. (1994) *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ibáñez, T. (2005). *Contra la dominación. Variaciones sobre la salvaje exigencia de libertad que brota del relativismo y de las consonancias entre Castoriadis, Foucault, Rorty y Serres*. Barcelona: Gedisa.
- Íñiguez, L. (2003). La psicología social como crítica: continuismo, estabilidad y efervescencias tres décadas después de la "crisis". *Revista Interamericana de Psicología*, 37(2), 221–238.
- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Milgram, S. (1963). Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67(4), 371–378.
- Milgram, S. (1973). *Obediencia a la autoridad* (edición de epublibre). Recuperado de <https://epublibre.org/>

- Milgram, S. (2005). Los peligros de la obediencia. *Polis Revista Latinoamericana*. No.11. Recuperado el 12 octubre de 2018, de <http://journals.openedition.org/polis/5923>
- Moscovici, S. (1972). Society and theory in social psychology, En J. Israel & H. Tajfel (Eds.), *The context of social psychology: a critical assessment* (pp. 17–68). Oxford: Academic Press.
- Oppenheimer, M. (2018). Dramaturgical Devices and Stanley Milgram's Hybrid Practice. En D. Cateforis (Ed.), *Hybrid practices. Art in collaboration with science and technology in the long 1960s*. Oakland: University of California Press.
- Rodríguez, E. (2015). *Entre el olvido y la desmemoria: Fuentes de la psicología social crítica en América Latina*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, España.
- Rodríguez, I. (2014). *Raíces y tradiciones de la psicología social en México. Un estudio historiográfico*. Guadalajara: ITESO.
- Rorty, R. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Russell, N. (2011). Milgram's obedience to authority experiments: origins and early evolution. *British Journal of Social Psychology*, 50(Pt 1), 140–162. Recuperado el 15 de mayo de 2021, de DOI: 10.1348/014466610X492205
- Russell, N. (2014). The emergence of Milgram's bureaucracy machine. *Journal of social issues*, 70(3), 409–423. Recuperado el 15 de mayo de 2021, de DOI: 10.1111/josi.12068
- Salomone, G.Z. & Fariña, J.J.M. (2009). Cuestiones ético-metodológicas frente a la réplica del experimento de Stanley Milgram, 45 años después. En *Anuario de investigaciones* (vol.16, pp. 277–284). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Schutz, A. (1944). El forastero. Ensayo de psicología social. En *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Simmel, G. (1908). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Ciudad de México: FCE.
- Simmel, G. (1917). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Soto, J. (2009). *Psicologías inútiles*. Ciudad de México: UAM.
- Weber, M. (1922 / 1964). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Ciudad de México: FCE.